

Bien pronto nuevas aspirantes pidieron formar parte de la bendita casa. Entre ellas se encontraba una persona de distincion, á quien un caballero amaba ciegamente. Este señor, furioso al ver frustrada su pasion, creyó que esta señorita habia entrado en el convento por instigacion del Obispo, y en su consecuencia corrió lleno de cólera al palacio, prorumpiendo en las mayores injurias contra el santo prelado. «Señor, le dijo Francisco despues de haberle escuchado con calma, tened á bien examinar lo que ha pasado, y vereis que no he sido el consejero de esa señora, y que solo he aprobado la eleccion que ha hecho.» El jóven fuera sí se puso á gritar mas. «Señor, le dijo el santo Obispo, os agradeceré que me digais en voz baja las injurias que querais, y os aseguro que las pondré al pié del Crucifijo y no las sabrá nadie.—Deseo, contestó el jóven, que todo el mundo sepa el poco caso que hago de vos.—Yo tambien lo desearia, dijo el humilde Obispo, si de mi desprecio os resultara algun elogio.—Pues bien, contestó el jóven furioso, iré esta misma noche al monasterio, romperé las puertas, sacaré á la señora y le prenderé fuego.—Señor, contestó Francisco con voz firme, decís mucho y no hareis nada, porque Dios y la justicia os detendrán.» Habiendo salido el jóven al decir estas palabras, el Obispo dió orden á la Madre Chantal para que hiciera acostar á la señora en el cuarto mas apartado de la calle, tuviese las luces encendidas cerca de la ventana, y confiase en Dios sin ningun temor. El caballero cumplió su palabra; y desde las once de la noche hasta las dos de la mañana, sus gentes estuvieron llamando á la puerta del monasterio, rompieron los cristales á pedradas y prurumpieron en mil insolencias. Por la mañana fueron á contárselo al santo Obispo: «Gracias á Dios, dijo, de que no haya en todo eso mas que un poco de ruido que lleva el viento; pero lo que no sabeis, es que el jóven está mas furioso con la señora que conmigo; creia que al menos hubiera asomado la cabeza á la ventana para rogarle que se retirase; y su silencio, que ha atribuido á desprecio, le ha

irritado de tal suerte, que me ha mandado á decir que era una orgullosa y que no la quiere ya.» (1)

Esta lamentable escena que habia producido la pasion del amor, fué reproducida al año siguiente por la ambicion de las riquezas. Habiendo entrado una señora rica en el monasterio, un señor, pariente suyo, que temia dejase á esta casa una parte considerable de su fortuna, fué lleno de cólera al palacio y colmó de ultrajes al santo Obispo. «Señor, contestó Francisco con dulzura, hubiérais debido antes de irritaros informaros bien de la verdad, pues habríais sabido que soy completamente extraño á los designios de vuestra parienta, y que no la he aconsejado nada.» Lejos de admitir esta excusa, el insolente señor levantó mas y mas la voz y amenazó romper las puertas del convento. «Basta, señor, contestó Francisco con firmeza, tened mas moderacion; las amenazas no valen nada con nadie, y menos conmigo. Soy Obispo, y la justicia no sufrirá vuestras insolencias contra mí.» A estas palabras el fogoso señor se retiró, y algunos fueron á decir á Francisco que habia jurado romper las puertas de la Visitacion. «¡No, contestó tres veces con energía, no, no, no lo hará!»

Si la pasion amotinaba á los caballeros jóvenes contra las religiosas de la Visitacion, la malignidad de las lenguas no las perdonaba tampoco; se las calumniaba indignamente, y el santo prelado, para sostener su valor en medio de estas pruebas, les recordaba á menudo los grandes pensamientos de la fe. «Siento, escribe á la Madre Chantal (2), el pecado de los calumniadores; pero estas injurias son las pruebas mas ciertas de la aprobacion del cielo. Nuestro Señor, para hacernos comprender este secreto, ha querido ser Él mismo calumniado primero, y nos ha dicho que son bienaventurados los que sufren persecucion por la justicia..... Tengamos confianza en que la miseri-

(1) Año Santo de la Visitacion, 26 de junio.

(2) Cartas CCXXIX y CCXXX.

«cordia del Señor acabará lo que ha empezado en nosotros, y dará á este poco aceite de buena voluntad que tenemos, tanto aumento, que todos nuestros vasos y los de nuestros vecinos se llenarán de él.»

Los hechos, por lo demas, hablaban en favor de la orden de la Visitacion y la elogiaban mejor que los discursos. La Baronesa de Mirabel, admirada de las virtudes que brillaban en este nuevo instituto, le habia declarado su universal heredero. Sus parientes, descontentos al verse privados de una fortuna con la cual contaban, quisieron poner pleito para anular el testamento; mas Francisco, amigo de la paz, renunció al punto á esta rica herencia, diciendo que no queria que las abejas disputaran con las hormigas sobre los bienes de la tierra, y que se complacia en enseñar á sus hijas espirituales á desprenderse de todas las cosas de este mundo, á fundar sus establecimientos sobre una base mejor que los bienes de fortuna, sobre la pobreza acompañada de todas las virtudes cristianas. Pero á la apología de los hechos, el santo prelado no desdeñó unir la proteccion de los poderosos de la tierra, y rogó á la infanta Margarita, hija del Duque de Saboya, Duquesa de Mantua, tomara bajo su alto patrocinio el instituto de la Visitacion. Esta proposicion fué acogida con gusto en la corte.

«La Infanta está llena de alegría, escribia al piadoso prelado el Duque de Saboya, por haber sido elegida protectora de una congregacion tan santa, á la cual haremos con un celo extraordinario todos los servicios posibles: nos sentimos inclinados á ello no solo por el afecto particular que os tenemos, sino tambien por las virtudes que brillan en las religiosas de vuestra orden, las cuales segun hemos sabido edifican á toda la provincia.» En su consecuencia la Infanta declaró en un despacho que trasmitió el senado de Saboya, que tomaba por el presente y para el porvenir á esta congregacion bajo su proteccion, y que su voluntad era que fuese favorecida y sostenida en todos los estados de Su Alteza Real el Duque su padre.

Hasta entonces estas santas religiosas solo habian habitado casas edificadas para particulares, poco acomodadas á los usos de una comunidad regular, y era importante que la primera casa de la Visitacion ofreciese el modelo de un monasterio de esta orden. Muchas dificultades se oponian á la ejecucion de este proyecto, pues era preciso obtener un terreno que pertenecia á los Dominicos, hacer admitir en cambio otro terreno perteneciente al colegio, y que este consintiera en admitir una indemnizacion que le daria la Visitacion; negociaciones tan delicadas, que ofrecian pocas probabilidades de éxito: pero habiendo el santo fundador reclamado la proteccion del Duque de Saboya, del de Nemours y de la Duquesa de Mantua (1), que declararon á las partes interesadas deseaban mucho este arreglo, y que lo pedian como un buen servicio, todos se inclinaron ante estos intercesores, y los terrenos deseados fueron concedidos. El 18 de setiembre, despues de la Misa de pontifical, la Duquesa de Mantua puso, por medio de procurador, la primera piedra del monasterio; el santo fundador la bendijo en medio de los armoniosos acordes de la música, y bien pronto se levantó el edificio.

En vez de aplaudir tan bella obra, muchos se opusieron á ella procurando contrariarla, ya arrojando piedras sobre los obreros, ya ocultando sus herramientas ó dispersando sus materiales, ya inundando los cimientos con aberturas practicadas durante la noche en los diques de los canales. Un dia fueron á avisar al santo Obispo que un pobre, armado con un hacha, estaba rompiendo la estacada que la humedad del suelo habia obligado á establecer allí; acudió al punto, y sin mudar de semblante ni alzar la voz, dijo al malhechor con su dulzura incomparable: «Amigo mio, os ruego no continueis:» y como el desgraciado no hiciese caso ni de la presencia del santo ni de sus palabras, se acercó, cogió dulcemente el hacha de sus ma-

(1) Carta CCCIX.

nos, y uniendo á la dulzura una majestuosa autoridad, le reprendió fuertemente. El malhechor intimidado se retiró confuso, y cuando se marchaba, le gritó el capellan que acompañaba al Obispo: «Ven ahora á Sales á buscar cartas de recomendacion, ya te las daremos.—Sí, sí, contesto, Francisco, se las daremos, y de buen grado;» y dirigiéndose al capellan le dijo: «Qué habeis hecho, señor, de las máximas del Evangelio?»

El santo Obispo contó luego lo ocurrido á la Madre Chantal, confesando que se habia sentido algo alterado, y que habia tenido que sujetar su corazon con ambas manos para mantenerlo en la dulzura. A pesar de tanta moderacion, el malvado se atrevió á publicar con un aire de triunfo que habia hecho enfadar al santo, é informándole un amigo por escrito del rumor que se habia estendido, y preguntándole confidencialmente si la cosa era cierta: «Verdaderamente, le contestó Francisco, me he reido de todo corazon cuando he leído en vuestra carta que os han dicho que me he encolerizado..... Si el que os ha hablado de mi cólera no hubiera tenido mas que yo, no estaría afligido por este pobre sacerdote. Os ruego que cuando vuelva á veros le abraceis de mi parte y le manifesteis doble caridad, porque os confieso que no deja de tener razon. Me sentí conmovido ciertamente, pero contuve mis emociones, y he confesado mi debilidad á nuestra amada madre, que en esta ocasion no tuvo tampoco ninguna palabra de indignacion. Me parece que estas buenas gentes se complacen en darla frecuentes motivos de mortificacion, los que tolera insaciablemente. Sin embargo, ¿qué mal hemos hecho á este hombre? ¡Ay! nuestra madre y yo solo pretendemos levantar una pequeña colmena para albergar á nuestras pobres abejas, que no se ocupan mas que en coger la miel sobre las sagradas y celestiales colinas, y no de la grandeza y hermosura de su colmena.» (1)

(1) Fundacion inédita del primer monasterio de Annecy, p. 27.

Al mismo tiempo que Francisco dirigia la construccion de su monasterio, se ocupaba de enviar una colonia de sus hijas á Lyon, para establecer allí una casa de la orden, que hacia mucho tiempo pedia el Arzobispo, y toda la ciudad deseaba vivamente.

Como sabio director, que no impone mas que sacrificios voluntarios, Francisco empezó por sondear las disposiciones de las hermanas que destinaba á la fundacion, y recibió la misma respuesta de todas; que solo querian obedecer, y que resueltas á morir al mundo y á sí mismas, no sabian mas que vivir por Dios, ni querer otra cosa que lo que Dios quiere. Seguro de sus hijas, pidió el consentimiento de sus padres (1), y el 25 de enero hizo partir á la madre Chantal con las hermanas Favre, Chastel y Blonay, y algunas otras que no habian profesado aún.

Llegada la pequeña comitiva á Lyon, se apeó en una casa cerca de los Fuldenses, que les estaba preparada. El Arzobispo Monseñor de Marquemont, entonces diputado en los estados generales, no pudo presidir su instalacion; pero la ceremonia no por esto dejó de tener lugar con la mayor solemnidad el 2 de febrero, en cuyo mismo dia, cuatro pretendientes se asociaron á la nueva comunidad y tomaron el hábito.

Tres sucesos notables señalaron esta fundacion. El primero fué un sentimiento extraordinario de amor con que la gracia inflamó el corazon de la Madre Chantal al salir de la Comunión, y que desde esta época hasta algunos años despues, produjo en ella cada vez que comulgaba, como un violento incendio que le costaba trabajo soportar. «Entonces, dice, estaba abismada en el sentimiento de mi voto de hacer siempre lo que conociera ser mas perfecto, y me parecia que en cada Comunión este fuego quemaba y consumia alguna cosa de mis imperfecciones, aunque obraba muy tranquilamente.» Otra cosa aún mas maravillosa ocurrió, y fué, que habiendo el director de

(1) Carta CCCIV.

estas santas religiosas, mandado para probar su obediencia á la Madre Chastel, tomara del brasero una barra de hierro hecho áscua, aquella obedeció al instante, sin que le resultara ningun daño (1).

Por último, la tercera maravilla fué, que habiendo Monseñor de Marquemont, pedido á París autorizacion para fundar un instituto con el nombre de *Instituto de la Presentacion*, encontró, por una intervencion visible de la divina Providencia, tanto en los despachos del Rey como en el original de la demanda dirigida por él, que el instituto era designado bajo el nombre de *Visitacion*, en cinco ó seis lugares, con caracteres claros, bien formados y sin ninguna señal de raspadura; de suerte que los despachos enviados para la institucion de Monseñor de Marquemont, con pleno derecho se aplicaron á la congregacion de la Visitacion, que ocupó el lugar del ensayo que habia intentado inútilmente el Arzobispo (2).

Pero estos favores del cielo fueron bien pronto compensados con crueles pruebas. Los parientes de la Señora de Auxerre, persona piadosa que se habia asociado á la comunidad naciente, movidos por el temor de que su fortuna pasara al nuevo monasterio, que ella sostenia casi por sí sola, hicieron que se apoderaran de sus bienes, rompieron en injurias contra las religiosas, de modo que

(1) Vida de las primeras Madres, I, 315.

(2) Testigos de este hecho son: 1.º San Francisco de Sales. «En la patente de autorizacion que Sus Majestades han dado para la ereccion de esta casa, se le nombraba la Congregacion de la Visitacion, como si Nuestro Señor se hubiese querido declarar por medio de la voz del rey.» Este rasgo de la Providencia me agrada mucho. (*Carta inédita á madame Desgonfflers*, fundacion manuscrita de Lyon.) 2.º La Santa Madre Chantal, que para explicar estas palabras tan breves de San Francisco de Sales ha añadido algunas líneas de su mano al pié de la carta arriba citada. «Se quiso cambiar en la patente el título de la Presentacion en el de Visitacion; pero se vió que Dios habia hecho por sí mismo este cambio, de lo que todos quedaron admirados y consolados, al ver un testimonio tan manifiesto de su voluntad.» 3.º La Madre Chaugy, que esplica este rasgo muy por estenso en sus memorias sobre la santa, y en la fundacion manuscrita de Lyon, revisada y corregida por la misma mano de Santa Chantal.

la casa sufrió á la vez la doble pena de la mas extrema indignidad y de las mas odiosas calumnias. Felizmente el cielo acudió en su socorro, y un dia que la Señora de Chantal no tenia nada para dar de comer á la comunidad, no bien hubo dicho de rodillas un *Padre nuestro* para pedir á Dios el pan de cada dia, cuando un desconocido llamó á la puerta del convento, depositó en sus manos ochenta escudos, sin decir otra cosa sino que el que enviaba esta limosna la suplicaba rogara á Dios por él. Otro dia, en el momento en que, deseando tener una custodia de plata para el Santísimo Sacramento, rogaba á Jesucristo tomase cuidado de sí mismo, Él, que tanto cuidaba de sus esposas, un desconocido fué á llevarla una custodia de plata sobredorada, manifestándola su deseo de que la usaran lo mas pronto posible (1).

Francisco unia sus consuelos á los de la Providencia, y en el espacio de cinco semanas escribió á la Madre Chantal hasta cinco cartas, para alentarla y fortificarla en medio de las pruebas. Desde el dia siguiente al de su partida, le habia dirigido una carta que debian entregarle en el camino. «La Providencia os asistirá, le decia (2); invocadla en confianza en todas las dificultades: á medida que adelantais, tomad ánimo y alegraos de agradar á Nuestro Señor, cuyo contento llena de gozo á todo el paraíso. Haced suave y alegremente la obra que os ha confiado. Vuestros ángeles de aquí tienen sus ojos fijos en vos y en vuestra pequeña comitiva, y no pueden abandonaros; los ángeles de Francia que os esperan enviarán á vuestro encuentro sus bendiciones, y os miran ya con amor ir á los lugares que les estan confiados, puesto que no vais á ellos mas que para secundar su ministerio.....»; «Oh Dios de mi corazon! conducid á mi amada hija por vuestra mano; que un ángel esté siempre á su diestra

(1) De Cambis, t. II, p. 435.

(2) Carta CCCXV.

»para protegerla, y que la Santísima Virgen la recree con  
»la mirada de sus benignos ojos.»

Cuatro dias despues le escribia (1). «Sé que estais en-  
»ferma, y algo estrañada de no haber encontrado las cosas  
»en tan buen estado como nuestro deseo me lo hacia ima-  
»ginar. Esas son verdaderas señales de la bondad de la obra;  
»el principio es siempre difícil, el progreso un poco me-  
»nos y el fin feliz. No dejeis abatir vuestro ánimo por las  
»contradicciones, pues la puerta de los consuelos es difi-  
»cil y lo que les sigue sirve de recompensa. Sufrid, dulci-  
»ficadlo todo y llevadlo en silencio. Es preciso sembrar  
»con trabajo, perplejidad y angustia, para recoger con  
»gozo, consuelo y dicha.» Algunos dias despues añadia (2): «Estoy siempre presente en espíritu en medio de  
»vosotras, y no ceso de formar santos deseos acerca de vos  
»y de vuestras hijas. Señor, bendecid con vuestra mano  
»el corazon de mi madre, para que sea bendito con la ple-  
»nitud de vuestra suavidad, y sea como una fuente fecun-  
»da que os produzca un gran número de corazones ente-  
»ramente dedicados á vos..... Dios quiere no sé qué de  
»grande de nosotros (3). Pero observad el precepto de los  
»santos, de hablar poco de sí y de las cosas propias. El  
»amor á nosotros mismos nos deslumbra con frecuencia; y  
»es necesario tener los ojos muy cerrados para no engañar-  
»nos sobre este particular.» Por fin, en su última carta (4)  
le da consejos acerca de su salud y sobre algunos puntos  
de la disciplina religiosa. Así es cómo este tierno padre  
ayudaba con sus consejos á su amada hija espiritual, aun-  
que estuyese, segun su espresion, totalmente *atareado* con  
la composicion del *Tratado del amor de Dios*, en el cual  
trabajaba entonces; así es cómo, asistiéndolas tanto de le-  
jos como de cerca, practicaba lo que él mismo manifestó,

(1) Carta CCCVI.

(2) Carta CCCXXXII.

(3) Carta CCCXXVIII.

(4) Carta CCCXX.

cuando dijo que «las gentes del mundo se separan al se-  
»pararse, pero las de Dios, lejos de separarse nunca, están  
»siempre unidas en Jesucristo.» (1)

### CAPITULO III.

Reglas que da Francisco á la Visitacion.—Progreso rápido del  
Instituto.

El Obispo de Ginebra no detuvo á la Madre Chantal en  
Lyon mas que nueve meses, al cabo de cuyo tiempo, nom-  
bró á la Madre Favre superiora en su lugar, y llamó á An-  
necy á la santa fundadora, deseoso de tener constante-  
mente en la cuna de la congregacion á una persona tan  
hábil para formar en ella las novicias, y comunicàrlas el  
espíritu de Dios, de que estaba llena. Deseaba tambien  
conferenciar con ella sobre las reglas del instituto y esta-  
blecerlo todo de acuerdo, tanto mas cuanto que el Arzo-  
bispo de Lyon, bajo cuya jurisdiccion se encontraba en-  
tonces, tenia sobre la orden miras enteramente diferentes  
de las del fundador. Monseñor de Marquemont creia que,  
para establecer el nuevo instituto sobre fundamentos só-  
lidos, era absolutamente necesario ordenar la clausura,  
prescribir votos solemnes, y erigir la congregacion en ór-  
den religiosa. «Actualmente, decia, no se puede desear  
»mas fervor; pero tal es la debilidad y la inconstancia hu-  
»mana, que no se puede esperar una larga perseverancia  
»en un estado en que la naturaleza sufre y no está con-  
»tenta, y hay mucho que temer que la libertad de salir  
»introduzca la disipacion y la relajacion, y aun quizás la  
»licencia y el desórden, y que los votos simples no sean  
»lazos bastante fuertes para contener la natural inclina-  
»cion á cambiar.» Francisco, por el contrario, quería que  
sus hijas no estuvieran sujetas á clausura, que saliesen

(1) Carta CCCXIX.